"KREÓN.

Tú, que inclinas al suelo la cabeza, ¿confiesas o niegas haber sepultado a Polinice?

ANTÍGONA.

Lo confieso, no niego haberle dado sepultura.

KREÓN.

.....¿Conocías el edicto que prohibía hacer eso?

ANTÍGONA.

Lo conocía....., Lo conocen todos.

KREÓN

¿Y has osado violar las leyes.

ANTÍGONA.

Es que Zeus no ha hecho esas leyes, ni la Justicia que tiene su trono en medio de los Dioses subterráneos. Yo no creí que tus edictos valiesen más que las leyes no escritas e inmutables de los Dioses, puesto que tú eres tan sólo un simple mortal. Inmutables son, no de hoy ni de ayer; y eternamente poderosas; y nadie sabe cuándo nacieron. No quiero, por miedo a las órdenes de un solo hombre, merecer el castigo de los Dioses. Ya sabía que un día debo morir—¿cómo ignorarlo?—aun sin tu voluntad; y si muero prematura-

mente, ¡oh! será para mí una gran fortuna. Para los que, como yo, viven entre miserias innumerables, la muerte es un bien. En verdad, el destino que me espera en nada me apena. Si hubiese dejado insepulto el cadáver del hijo de mi madre, eso sí me habría afligido; pero lo que he hecho no me causa pesar. Y si juzgas que he obrado imprudentemente, quizá sea yo acusada de locura por un insensato."

He aquí la idea, el corazón, la voz y el ademán de la tragedia. La idea no puede ser más alta, el corazón no puede ser más generoso, la voz no puede ser más pura, el ademán no puede ser más augusto. Me vienen a la memoria estas palabras que, a propósito de *La Orestiada* de Eskylo, escribió Lemaitre: "Nada hemos inventado, nada..... Solamente las formas de los sentimientos humanos han cambiado. Sentimos todavía nuestra alma en comunión con la del viejo poeta griego. Es una gran felicidad. Por esta inteligencia de las obras del pasado, por esta simpatía que salva los siglos, ensanchamos el punto que ocupamos en el tiempo, lo mismo que hacemos crecer, por la caridad y el amor de los hombres, el punto que ocupamos en el espacio. Y esto es lo que hace que la vida sea digna de ser vivida.» (1)

Ismenia, pronta, como todos los seres débiles, a las exaltaciones súbitas, sugestionada por virtud tan honda, reclama su participación en el delito sublime. "Yo quiero compartir tu destino..... Te lo suplico, herma-

(1) Impressions de Théâtre, vol 4.

na, no desdeñes que muera contigo..... ¿cómo podrá serme dulce la vida sin tí?.....» Nada, todo inútil, que se arrodille, que llore, nada vale. La grande hermana responde: «Tú deseaste vivir y yo he deseado morir.» Y la desmiente, no porque la desprecie ni porque quiera salvarla de la muerte, sino porque en esos momentos de ascensión y de transfiguración, en esas alturas morales en que su alma y el ideal se confunden, Antígona personifica el Deber, la Justicia y la Verdad.

El Coro canta el lamentable destino de la familia de Edipo, las falaces esperanzas de los hombres y la eterna juventud de los Dioses. «¡Felices los que han vivido al abrigo de los males.....! Desde tiempos remotos las calamidades se suceden a las calamidades en la mansión de los labdácidas..... Aquel a quien un Dios empuja a su pérdida, toma a menudo el bien por el mal, y no está a salvo de su ruina..... Sin envejecer jamás, tú reinas siempre en el esplendor del Olimpo deslumbrante, ¡oh Zeus!.....»

Llega Hemón, el prometido de Antígona, e intercede por ella. «Padre.,..... yo sé naturalmente, antes que tú lo sepas, lo que cada uno dice, hace o reprueba, porque tu aspecto llena al pueblo de terror, y el pueblo te calla lo que no escucharías de buen grado. Pero a mí me es permitido oír lo que se dice en voz baja, y saber cuanto lamenta la ciudad el destino de esa joven, digna de las mayores alabanzas por lo que ha hecho..... La que no ha dejado que su hermano, muerto en el combate e insepulto, sirviesen de manjar a los perros comedores de carne cruda, y a las aves de presa, ¿no es digna de un áureo premio?.....» Y sigue un diálogo animadísimo—de los más bellos de la tragedia—entre el tirano y su hijo, en que las palabras brillan en una justa terrible «—¿Hemos de aprender la cordura, a nuestra edad, de un hombre tan joven?—Nada escuches que no sea justo. Si soy joven, conviene que consideres mis acciones, no mi edad.» Y luego: «—Entonces, la ciudad me prescribiría lo que debo hacer?—No ves, padre, que tus palabras son las de un hombre todavía muy joven?» Y más adelante: «—¿Está esta tierra sometida a la potestad de otro y no a la mía?—No hay ciudad que pertenezca a un sólo hombre.» Así es todo el diálogo. Y Hemón, dice el Corifeo, «se va lleno de cólera.»

En el canto del Coro baten las alas y suena el carcaj del amor. «¡Eros, invencible Eros! doblegas a los poderosos, te posas en las mejillas delicadas de las jóvenes, cruzas los mares, llegas a las granjas campesinas, y ni los hombres efímeros ni los Dioses eternos pueden huirte..... La Diosa Aphrodita es invencible y se ríe de todo.....»

Reaparece Antígona, custodiada por los esbirros que la llevan a enterrar viva en una caverna. Ya cumplió su acto sublime, ya no la sostiene el ideal de sacrificio en las regiones superiores, ya se le empapa el corazón con lágrimas que vienen de muy profundo y que van a saltar como el chorro de una fuente; ya no es la heroína, es sólo la mujer, la pobre virgen que lamenta sus perdidas nupcias, sus muertas ilusiones de niños rubios nacidos entre besos y rosas..... Y, oh pro-

digio, ya no habla, canta! «Oh Ciudad, oh fuentes de Dirkaia, oh bosques sagrados de Thebas la de hermosos carros..... Ya no veré más el ojo brillante de Helios, infeliz de mí..... Oh sepulcro, oh lecho nupcial!..... Me voy sin haber vivido mi parte legítima de vida. Pero al partir, abrigo la inmensa esperanza de ser bien recibida por mi padre, y por tí, Madre, y por tí, cabeza fraternal; porque, muertos, mis manos os lavaron, os ataviaron y os llevaron las libaciones fúnebres..... Sin amigos, y miserable, desciendo viva a la sepultura. ¿Qué mandamiento de los Dioses he violado? ¿Pero de qué me sirve, desdichada, apelar aún a los Dioses? ¿A cuál de ellos puedo invocar en mi auxilio, si soy llamada impía por haber obrado con piedad?.....»

¡Oh, hija adorable de Sóphokles el divino! te habíamos admirado; ahora te amamos; y se nos rompe el corazón mirándote salir lentamente de la escena a desposarte con Hadés acompañada por las sombras de Danae, de los Phineidas, del hijo de Dryas, trágicas víctimas del Destino inexorable, que, evocadas por el canto del Coro, forman el espectral cortejo de tu triste Himeneo!

Después de la palabra solemne de la conciencia y del canto doloroso del alma, ¿qué otra voz puede ser digna de resonar en el teatro? Sólo la voz de la Divinidad, que consagre la ley moral, la ley eterna proclamada por Antígona. Y los Dioses hablan: surge Tiresias, el Vaticinador venerable, con su inmensa barba secular, apagados los ojos, vidente el espíritu, délfica

la lengua. "Estando sentado en el antiguo sitio augural en donde se reunen todas las adivinaciones, escuché un ruido estridente de pájaros que gritaban de una manera siniestra y salvaje..... Lleno de espanto consulté las víctimas sobre los altares encendidos. Pero la llama de Héfestos no se prendía en sus carnes.... La ciudad sufre a causa de tu resolución.... Todos los hogares están llenos de girones que los perros y las aves carniceras han arrancado al cadáver del miserable hijo de Edipo.... Los Dioses no aceptan las preces sagradas, y las aves, hartas de sangre, no dejan oír ningún grito augural.... Perdona a un muerto, no te ensañes con un cadáver...." Y después: "....Sabe que las rápidas ruedas de Helios no darán muchas vueltas antes de que hayas pagado las muertes con la muerte de alguno de tu propia sangre.... Las Erinas vengadoras de Hadés y de los Dioses te tienden emboscadas.... Dentro de poco, las lamentaciones de los hombres y de las mujeres romperán en tus moradas...." Kreón se irrita, resiste, vacila, ceja, se aterroriza (gradación admirable de sentimientos en el alma del tirano cruel y supersticioso), y corre.... a enterrar a Polinice, a salvar a Antígona!....

El Coro, sobrecogido, entona un himno implorante y ardiente a Baco, protector de Thebas. "Ilustre por mil títulos, delicia de la virgen Kadmea, Baco, oh Baco! ... Un vapor espléndido te alumbra sobre la doble cima donde corren las Bakantes y fluye la fuente de Kastalia.... Hoy que toda la ciudad es presa de un mal terrible, ven con pie salvador, franqueando las

escarpaduras del Parnaso o el resonante estrecho del mar."

Plegaria inútil: Kreón no corrió tan aprisa como el castigo. Un mensajero llega. Aparece una mujer enteramente envuelta en su peplo: es la madre de Hemón, Euridice. El Mensajero habla: "....Yo seguí a tu esposo hasta la altura en que yacía el mísero cuerpo del hijo de Edipo.... Quemamos sus despojos y sobre ellos levantamos un otero fúnebre con la tierra natal. Después fuimos al antro cóncavo....A lo lejos oímos salir, de la tumba privada de honores, un grito penetrante ... Kreón, llorando, dijo: ¡Desgraciado de mí! Llegamos a la tumba, arrancamos la losa que la cerraba.... Vemos a la joven estrangulada con su sudario.... Y él la abrazaba.... Kreón, henchido de sollozos, lo llama: ¡Sal, hijo mío, te lo suplico! Pero el joven, mirándolo con ojos sombríos.... empuñó la espada de doble filo; la fuga libertó al padre del golpe. Entonces el infeliz, furioso, se arrojó sobre la espada.... Y con los brazos desfallecientes, dueño aún de sus sentidos, abrazó a la virgen y expiró, bañando con sangre purpúrea las pálidas mejillas de su amada." Á las últimas palabras del mensajero, Euridice, la figura blanca enteramente envuelta en su peplo, abandona la escena, trágicamente muda. Va también a la muerte. Kreón llega cargando en los brazos el cadáver de su hijo. Una larga lamentación musical cierra el poema. El Coro dice: "La soberbia acarrea a los orgullosos terribles males que les enseñan tardíamente la cordura." Y los Viejos Kadmeos inclinan la frente sobre el dolor humano.

***

Sabéis, señores, que las obras que nos quedan del teatro griego son una mínima parte de la producción colosal de los tres grandes poetas áticos. Es una banalidad lamentar esta ruina, todos lo han hecho. Pero de las tragedias salvadas del desastre, ¿qué cosa subsiste? Sólo una imagen palidísima de su belleza, la letra. Perdido—y para siempre—el marco espléndido de la decoración escultural y arquitectural; perdido—y para siempre—el sortilegio de la música y el encanto de la danza; rota—para siempre rota—la íntima unión de las artes humanas que dieron a la tragedia dyonisíaca su majestuosa e incomparable harmonía. Y esto, ¿quién lo ha lamentado? Bien sé que no hace muchos años, en la corte de Prusia, los sabios alemanes restituyeron a la tragedia griega su escena, su orquesta, las evoluciones de sus coros, un simulacro de su melopea y de su acompañamiento musical; pero estas representaciones, que no critico—Dios me libre!—deben haber sido más eruditas que estéticas. Entre las brumas del Norte no asoma Helios su ojo áureo. Aunque fuera posible hacer la reconstrucción completa de la tragedia griega bajo el cielo luminoso de la Ática; aunque se realizara el sueño de Renán, y "Venezia, París y Londres repararan sus latrocinios, y formando theorías sagradas fueran a pedir perdón a Pallas Athenas llevándoles las reliquias de su templo," ¿quién puede devolvernos a Phidias, aplaudiendo con sus manos juve-

niles "Los Persas" de Eskylo? ¿quién a Euripides, sentado entre el pueblo, en las más altas gradas del teatro, siguiendo con sus ojos inquietos las danzas de los coros de Sóphokles? ¿quién a ese público de athenienses tan finos de oído y tan delicados de espíritu, en cuyos labios moraba la dulce Persuasión y en cuyos cabellos brillaba la cigarra de oro? ¿Y quién pue de resucitar la historia? ¿quién puede animar la leyenda? ¿quién....? Yo lo confieso: mi imaginación no es tan viva y tan alucinante como la de ese delicioso Jules Lemaitre, que, pudiendo hacer abstracción de las señoras escotadas y de los caballeros en frac que llenan la sala de la Comedia Francesa, pudo creerse primo hermano de Perikles cuando, sobre los peldaños del palacio real de Thebas—muy parecido al templo de la Magdalena—Mounet Sully, de manto y corona, declamaba el Edipo:

"De l'antique Cadmus jeune postérité....;"

ni tengo tantas afinidades psicológicas como ese otro hechicero Anatole France, que puede vivir a su albedrío las vidas más extrañas, porque como el legendario Vaticinador Tiresias—hablo metafóricamente—es hermafrodita, es decir, conoce los secretos de las dos caras de la naturaleza humana, la femenina y la masculina, y lo mismo encarna en San Sátiro que en Thais. Si vosotros tenéis el sentimiento de la historia, si sois poetas del pasado, entonces mi palabra, aunque no es "miel de Himeto y canto de sirenas," puede haber evocado en vuestros espíritus una imagen de Athenas, la "ciudad brillante, inmortal, coronada de violetas...."

Y si así fuere, os felicito y os envidio.

BIBLIOGROFIA.—Además de las obras citadas: Grote, Histoire de la Grèce, traducción de Sadous, vols. 5, 6, 7, 8 y 12; Duruy, Historia de los Griegos, traducción de Verneuil, vol. 2; O. Müller, Histoire de la Littérature Grecque, traducción de Hillebrand, vol. 3; J. Girard, Etudes sur l'Eloquence Attique; A. Couat, Aristophane; F. de Coulanges, La Cité Antique; H. Ouvré, Les formes littéraires de la pensée grecque, pags. 216 a 306; Justo Sierra, Historia General, pags. 33 a 69; Th. Mommsen, Histoire Romaine, traducción de Guerle, vol. 4, págs. 39 a 43; Renán, Etudes d'Histoire Religieuse, pags. 1 a 71; Egger, Histoire de la Critique chez les Grecs; Haigh, The attic theatre; J. Autran, La Fille d'Eschyle; Masqueray, Théorie des formes lyriques de la tragédie grecque; Platón, Obras.